

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**10**

*ABRIL-JUNIO*

**1943**

IMPRESA UNIVERSITARIA

# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

## FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Máynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

## Sumario

FILOSOFIA		Págs.
José Gaos . . . . .	<i>Galileo a los tres siglos. (Conclusión.)</i> . . . . .	181
Eduardo Nicol . . . . .	<i>Psicología científica y psicología situacional.</i> . . . . .	195
LETRAS		
José Carner . . . . .	<i>La España de Pérez Galdós. (Conclusión.)</i> . . . . .	215
Enrique Díez-Canedo. . . . .	<i>Galdós y el Teatro.</i> . . . . .	223
HISTORIA		
Mario Mariscal. . . . .	<i>Un motín estudiantil motivado por la declaración de la Independencia de México.</i> . . . . .	239
Agustín Millares Carlo. . . . .	<i>Más datos sobre el Apóstol del Brasil.</i> . . . . .	245
Jesusa Alfau de Solalinde. . . . .	<i>El niño en la España del siglo XIII.</i> . . . . .	251
U. von Wilamowitz Möllendorff. . . . .	<i>El desenvolvimiento del Espíritu Helénico. (Conclusión.)</i> . . . . .	263

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Págs.

*Filosofía*

José Fuentes Mares. . . . .	<i>Teoría del Derecho.</i> (Edgar Bodenheimer.) . . . . .	283
Eduardo García Máynez. . . . .	<i>El positivismo en México.</i> (Leopoldo Zea.) . . . . .	286

*Letras*

Ferrán de Pol. . . . .	<i>Refranero Clásico.</i> (Juan Suñé Benages.) . . . . .	293
José Luis Martínez. . . . .	<i>La soledad en la poesía española.</i> (Karl Vossler.) . . . . .	294
Agustín Millares Carlo. . . . .	<i>Espejo de paciencia.</i> (Silvestre de Balboa.) . . . . .	291

*Historia*

Ferrán de Pol. . . . .	<i>Doña Marina, la Dama de la Conquista.</i> (Federico Gómez de Orozco.) . . . . .	299
Rafael Heliodoro Valle. . . . .	<i>Ensayos, Ideas y Retratos.</i> (José María Luis Mora.) . . . . .	301
Noticias. . . . .		305
Publicaciones recibidas. . . . .		307
Índices del tomo V. . . . .		317

## La España de Pérez Galdós

(Conclusión)

La fe española, más que militante en el sentido metafórico y espiritual usado en la terminología eclesiástica, es beligerante. De España solía decir un Papa moderno: Tierra de mucha fe, pero de muy poca caridad. En su *Idearium Español*, cuyas páginas con tanta frecuencia guardan sorprendente y acaso imperecedera lozanía, Angel Ganivet reserva, al tratar del catolicismo, el nombre de flaqueza para "el embotamiento que produjo a algunas naciones, principalmente a España, el empleo sistemático de la fuerza". René Schwob, apologista de la fe católica, hace el balance de los efectos consagrados en sentencia lapidaria: "Imperiosa Castilla... desierto arrodillado." En España se han ocupado de salvar la religión, más que los apóstoles calificados, los reyes, los caudillos, los inquisidores, los guerrilleros, y hasta unos partidos políticos especialmente inventados para ello: y todo este proceso histórico ha venido a parar en ese rito nuevo de un grupo de obispos españoles, a quienes hemos contemplado en la fotografía publicada por un periódico madrileño saludando al modo fachista (o fajista, como decía Unamuno) a su Generalísimo, valí español por gracia del mayor perseguidor de la fe cristiana que han visto los siglos. No creo que este desenlace hubiese asombrado a Pérez Galdós, si viviera para verlo.

*Ave Cruz, spes unica.* Así han clamado en el mundo, con los ojos iluminados, invulnerables desdichas. La cruz, señal de oprobio, se convirtió en signo transcendente de la Ciudad de Dios, definida y encarecida ante el derrumbe de un gran imperio por el africano San Agustín. ¡Ay

de la ciudad de los hombres fundada en el fratricidio, como la que levantara Caín, como la que estatuyera Rómulo, cuyos nombres audazmente vincula el obispo de Hipona; ay de la injusticia en su doble impiedad de injusta y de violenta! Pero la mayor infamia de los siglos será acuchillar o ametrallar en nombre de quien dijo, al atolondrado que quería salvarle por el hierro, en el prólogo de la mayor tragedia de los cielos y la tierra, entre las asechanzas tumultuosas y en el frío de soledad del Huerto de los Olivos: —Mete tu espada en la vaina—. Porque la Ciudad de Dios no tiene fronteras, ni tapias de fincas exclusivas, y sus héroes están inermes, y su hazaña extrema es la del amor a los enemigos. Y con todo es inexpugnable, porque es interior; y es imperecedera, porque por atroz que haya sido el mal, la caridad no cedió y le sobrevive. Y no constituyen la Ciudad de Dios los guerreros en nombre de Cristo, sino los vencidos por Cristo, no los que por él empuñaron la cruenta espada, sino los que depusieron la cólera de estúpidos ojos inyectados de sangre: no, en una palabra, los cruzados, sino los por amor de Cristo en sí mismos crucificados. Ni es contra la Ciudad de Dios argumento valedero que la Iglesia, en su parte que ella misma reconoce como la más falible, y que con voz aquí melancólica y agrisada podríamos llamar su administración, olvide en su política —su fracaso tantas veces en las centurias— que en el profundo e invisible reinado de Cristo, presidido por un símbolo de patíbulo, es la cruz lo glorioso y es afrenta la corona y es irrisión el rótulo con el título de rey.

España es el único país católico, que yo sepa, dado a representar en sus iglesias a un santo en ejercicio de matanza de hombres: en altares, medallas y estampas aparece, en efecto, San Jaime, patrón oficial de España, aplastando a caballo cabezas musulmanas. Jaime agareno, o mercedor, como el Cid, de título agareno, es el de esas imágenes (a las que sólo en un sentido comercial cabe llamar piadosas). Mas ya que defiende, como los hijos del desierto, la verdad de la Revelación mediante el exterminio de los contraopinantes, se halla, en su *modus operandi*, al nivel de los que aplasta, y no parecería mal resguardando la cabeza con ese lienzo blanco, sujeto por un cordel, que tocaba a sus víctimas. Pero el disfraz de exterminador dado al apóstol viene del mismo africanismo que ha dado a la historia española cierto número de obispos más propensos al zafarrancho que gustadores de la caridad y doctos en los latines, y curas guerrilleros predicando a balazos por los riscos. Del Jaime apóstol ver-

dadero, del humilde seguidor de Cristo, sabemos que escribió en una epístola estas palabras, castigo de la falsa cruz agresiva: La ira del hombre no cumple la justicia de Dios.

Inteligencia y amor es el Dios de querubines y serafines. Él, según las letras sagradas, ha propuesto el mundo a los debates de los hombres, y, en la sazón de los tiempos, para derogación de unas leyes inhumanas e irrupción de vida en los símbolos imperfectos, un mandamiento de amor, reflejo de su esencia, piélago de sus portentos en el alma. Y quien niega, oscurece o mengua las prerrogativas de la inteligencia en la hechura divina, fatalmente huella la ley de caridad, e inversamente: prueba de ello es el estrago mozárabe de la Iglesia española, y aun de España entera, a la vez deficitaria en caridad y en cultura.

“—¿Será Dios o no será Dios? (se pregunta Luisito Cadalso en el *Miau* galdosiano, tras una visión del caballero de nivea canicie; que conoce todas sus acciones y lee en su conciencia). Parece que es, porque lo sabe todito... Parece que no es, porque tiene ángeles.” Y ese Dios que con soberana hospitalidad prometerá al niño acoger a su abuelo, al anciano escarnecido y desesperado de vivir, es el aposentado en la conciencia, de quien no sólo Luisito Cadalso se forma ideas empañadas, zozobrantes, y que aun en aquella representación pueril esparce esa gentileza, ese amor que no aciertan a servir los hombres desabridos y feroces. Nietzsche llamaba a la bondad “simulación de benevolencia” (lo que no es ya poco empeño), y sin duda hay hartas bondades exteriores, convencionales, sin drama de íntima abnegación, porque ¿cómo va a posponer el hombre sus intereses, a soportar lo insoportable, a liquidar los agravios recibidos mediante borrón y cuenta nueva, y encima de esto a seguir amando? Pero sin el acercamiento del hombre al hombre, dispuesto a la solidaridad y al servicio, a la paciencia y al perdón, con la esperanza del anegamiento del mal en la abundancia del bien, la religión se haría de nuevo merecedora de las palabras candentes de Lucrecio. Acercamiento incondicional, desinteresado del hombre al hombre: este ideal se expresa en la palabra prójimo (del latín *proximus*), que, característicamente, salvo en textos estereotipados del catecismo, se usa en España por lo común en sentido peyorativo y burlón. Jesús propuso un día la parábola de la caridad al doctor de la ley que le preguntaba: —¿Quién es mi prójimo? —Un hombre, le fué respondido, descendía de Jerusalén a Jericó, y vino a caer en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, de-

jándole medio muerto. Vino a pasar por aquel camino un sacerdote y, viéndole, se pasó de un lado. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, se pasó de un lado. Mas un samaritano que transitaba, viniendo cerca de él y viéndole, fué movido a misericordia. Y llegándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole sobre su cabalgadura, llevóle al mesón y cuidó de él. Y al otro día, al partir, sacó dos denarios, y diólos al huésped y le dijo: Cuidamele; y todo lo que de más gastares, yo cuando vuelva te lo pagaré. En pos de lo cual preguntó Jesús al doctor de la ley: —¿Quién, pues, de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que cayó en manos de ladrones? Y éste dijo: —El que usó con él de misericordia. Entonces Jesús le dijo: —Ve tú y haz lo mismo.

No era el samaritano, por Jesús propuesto como dechado de caridad, un ortodoxo (mientras sí lo eran ciertamente, el sacerdote y el levita viajeros, y el interpelante doctor en duda); no adoraba en Sión, sino en Gerizim. Los judíos habían llegado (en una especie de cruzada *avant la lettre*) a destruir el templo nacional de los samaritanos, empujados en un monte del centro de Palestina y proclamados por la cólera de Jerusalén “contrarios de Judá y de Benjamín”.

Pues bien, comparable a la piedad del samaritano fué la de Galdós, la cual, rutilante con los más puros esplendores de la sensibilidad cristiana en *Misericordia*, aparece diluida, aun entre ironías y humor y sentido ceniciento de la vida, en tantas páginas de su obra, en que el autor se muestra influido por la gran inversión de valores del Sermón de la Montaña: “Bienaventurados los pobres en espíritu, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...” Tengo para mí que, en la hipótesis de que sólo se nos hubiera transmitido un texto incompleto del Quijote, en que faltara el cabal desarrollo del encuentro del héroe manchego con los galeotes, Galdós, suspenso en la lectura, hubiera intentado en un escarceo imaginativo llenar el hueco sin asignar tan exclusiva y cerradamente la parte noble al caballero inmortal; antes, por la sola recomendación de la huella de los azotes sufridos, de la dureza y los hierros agobiadores, por compasión, en fin, cristiana, hubiera iluminado por lo menos a alguno de aquellos desastrados con esa pálida aureola triste que fué uno de sus mayores aciertos, magia de su humanidad dolida ante la mala estrella, la derrota, y aun la caída moral, de responsabilidad colectiva, pero imputada al solo flaco.

Mostró Galdós con acuidad las heridas de España, y obsesionado por ellas, casi solo entre distraídos o indiferentes o insensibles, no propuso más bálsamos que el amor, más vendas que esa justicia de la que, sabiéndolo o no, tenía el pueblo español tanta, y tantas veces insultada, necesidad. Y el pesimismo de que se ha querido hacer tacha a su crítica nacional, no fué sino pasión perenne de inconforme con la baja, llamada contra la postración sin nostalgias, contra la deserción de los sinos históricos, contra el auge de la incompetencia y la vulgaridad. Quien no entienda la angustia generosa de ese acento que repite su instancia entre las ruinas todavía imponentes y los cascotes sin gloria, habrá de oír que en la España de la última etapa borbónica, de Carlos IV a Alfonso XIII y postrero, casi no hubo más que dos posiciones no inertes: la del inconforme y la del parásito. Mas no se perdió aquel acento, antes valió por llamada eficaz. Galdós fué aliento de muchos: aliento o inquietud, pero reacción saludable, en todo caso, contra el optimismo chirle que las formas ridículas o crueles de la tiranía desean acreditar, contra el embobamiento retórico, en la guardilla, con las victorias lejanas en el tiempo, contra esa patética alegría de España que ofrece, incauta, facilidad para tantas injusticias, porque se consuela con un rayo de sol, que casi nunca falta, y con un mendrugo, si cae. Un alquimista imaginativo alcanzará siempre a extraer de la desdicha nacional un pábulo de pasión secreta para un número de escogidos. Y esto acertó a lograr Pérez Galdós, a cuyo esfuerzo deben tanto las esencias modernas que, objeto a menudo de irrisión o de saña persecutoria, han conseguido de algún modo pervivir en el fondo de la conciencia popular.

No dudo que pueda apreciarse en la labor de Galdós una parte perezcedera. Con los tipos por él creados (todos vivientes, desde los protagonistas de sus fábulas y ciertos personajes, con insistencia de familiares, recurrentes en ellas, hasta las más insignificantes animillas efímeras que se muevan en sus viñetas pintorescas) cabría poblar una ciudad; maestro imaginero de su país y su centuria, emprendió innumerables veces dos arriesgadas aventuras: revestir las realidades contemporáneas de calidad representativa, o inversamente, encarnar las leyendas, circunstanciándolas como sucesos vistos; fué menudamente analítico y vastamente panorámico; su nacionalísimo repertorio sucedió dignamente al *Lazarillo de Tormes* y al *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*, esos dos espejos capitales de la vida española; su nombre alcanzó a ser comparado con el de los

mayores prestigios internacionales de la novela. Escribió por ímpetu de español honrado, insobornable, por encendimiento humano, por limpio afán liberal: escribió al acicate de la inspiración y por apremio de la necesidad, y aun mayores fallas que las eventualmente acechadas en él habría que excusarle: que en un siglo de discordia, de desilusión, de prostración, de indigencia, recogió con magnanimidad esa tristeza y esa desventura, y fué casi la única contrapartida del abatimiento hispano; y su fe se demostró tan vivaz, aun ante el espectáculo de los destinos malogrados o maltrechos, que ella le inspiró un monumento que ha de sobrevivir a las edades, y conservar, quién sabe por qué dilatado trecho, acentos de profecía patriótica. Permitaseme citar ejemplos de esta videncia.

Por decisión limpia, incontrastable de la voluntad popular manifestada por la vía legal de unas elecciones, se convirtió en nuestra generación Española, llena de candoroso entusiasmo, en república. Nació esta esperanza tan generosa, que fué maravilla su comedido respeto a los intereses creados, harto distinto del tono del especial miramiento de Pedro Crespo en *El Alcalde de Zalamea*:

*Con muchísimo respeto  
os he de ahorcar, juro a Dios*

La respuesta por parte de los blandamente desechados del nuevo poder visible (a las veces el más ilusorio) fué no sólo la organización del fratricidio, sino la venta, para lograrlo con más seguridades de éxito, de la nación española a los peores enemigos de la humanidad. Esta vez los moros salvaron a San Jaime; y los defensores de la civilización y el orden operaron según el método ya definido por Tácito: *solitudinem faciunt, pacem appellant*; y los llamados patriotas inventaron el *imperio* bajo el yugo; y los supuestos valedores de la tradición fortalecieron al pueblo español por el frío, sistemático derramamiento de su sangre y no le hartaron sino de sangre y de hambre. Y quedó terriblemente demostrado, y creo que ya sin posibilidad de olvido, el acierto de Galdós al sugerirnos con tanto empeño que las fuerzas oscuras de España no desarmen ni desarmarán jamás por correspondencia a la tolerancia y a la cortesía, por solidaridad patriótica o por simple requerimiento del honor.

La última epopeya de España, que inició en Europa la resistencia en pro de la dignidad del Hombre, nos enseñó con las depresiones de sus

márgenes y el resplandor de su corriente viva que todo idealismo es vano y tal vez dudoso cuando no se injerta en heroísmo, y que la herencia de la grandeza hispánica vuelve, para su realidad,<sup>1</sup> al español anónimo, al español desconocido que, inmensamente superior a cuadros y organismos enanos, irrumpe de nuevo con su fuerza telúrica —y, por adivinación— en el alcázar de la historia, en que no consiguen como él áureas inscripciones los incapaces y atáxicos en la hora del peligro, los cuidadosos de la particular exaltación o ventaja, los gastadores de una palabrería que vale menos que el humo de sus pitillos.

Y a la luz de las circunstancias presentes, luz lívida de pesadilla, *última ratio* de una pavorosa necesidad probatoria, debemos reconocer con Galdós que la historia española no nos presenta diseños geométricos, lentas y seguras cristalizaciones, huellas de la concordia y los graduales ajustes, y que mucho menos deberá ser considerada como lo que jamás fué la historia de ninguna nación, esto es, como un repertorio de fórmulas rígidas, de moldes adquiridos e inevitables. El pasado y presente de España oscila entre la epopeya y la caricatura de unas antítesis elementales; y a través de las alternativas de la exaltación y la letargia de los temperamentos, la autoridad manda y no ordena, y el ciudadano hace lo que le da la gana y no es libre. Pero una España mejor está en el yunque, para después de la máxima depresión y envilecimiento de la España enemiga de los españoles; y la historia venidera de esos hombres, el aprovechamiento tantas veces pospuesto de uno de los más altos potenciales de la humanidad, no podrá ya consistir en la inflicción o el soportamiento de la pesadumbre.

Y, finalmente, hay que rendir homenaje a la confianza de Galdós en su Madrid más íntima y entrañablemente vivido: que el que él amaba no era el palaciego, el parasitario de una pompa hueca, solar de una aristocracia incurra en la sandez y la chabacanería, lonja de permisos predatorios, fábrica por tanto tiempo de puros burócratas y puros sa-

---

1 En su *Ultima Tule* escribe Alfonso Reyes hablando de la mayor empresa expansiva y creadora de España: "Obra de colonización deficiente, media España se traslada a América y empieza a vivir según su leal saber y entender. De aquí nuestras repúblicas; de aquí que el orbe hispano desborde con mucho los límites del Estado peninsular. Tal es el sentido profundo de la creación ibérica, creación del pueblo, creación del soldado desconocido que se llama, lisa y llanamente, Juan Español."

cristanes de la cultura, insignificante arena de las zancadillas políticas. No. Como decía Góngora:

*Esta es la Corte, buena pro les haga.*

El Madrid de Galdós era el ingenuo e innumerable, el limpio de corazón, el animoso y alegre en su trabajo mal pagado, el honrado y sentimental, capaz de resistir por nueve décadas las privaciones, pero cuyo sentimiento de justicia sabe erguirse al acabar la décima con heroísmo tan irresistible como desinteresado y jovial. Este gran pueblo, que a menudo desdeña lo hacedero, se entrega de pronto con furia moza a lo imposible, que acaso sea lo único que valga la pena.

España, que a las veces imagino tan dispersa en su propio suelo como lo han sido por largas centurias en todo el mundo los judíos, halló en la defensa de Madrid por vecinos y soldados un signo único y universal que atrajo a hombres libres de todos los países, cooperadores enamorados de aquella hazaña, y sedujo a los espíritus más ínclitos de la cultura cosmopolita. Tal fué el claror de aquella primera resistencia al crimen. Y es que España, quizá por tanto tiempo algo menos que un Estado, es, con todo, algo más que una nación. Se convierte de pronto en un portentoso improvisado, présago de los destinos humanos, y asoma, bajo el mismo cendal de su infortunio, como promesa de una época nueva. Al tremor sísmico, surge sobre el mundo aplanado con la gracia y majestad de una columna que reconquista el espacio. Y de la última aparición de esta maravilla (a mi juicio la más importante de todas), escribe don Benito Pérez Galdós, al fin dichoso, en alguna sala traslúcida del emíreo, una serie nueva de Episodios Nacionales.

JOSÉ CARNER